

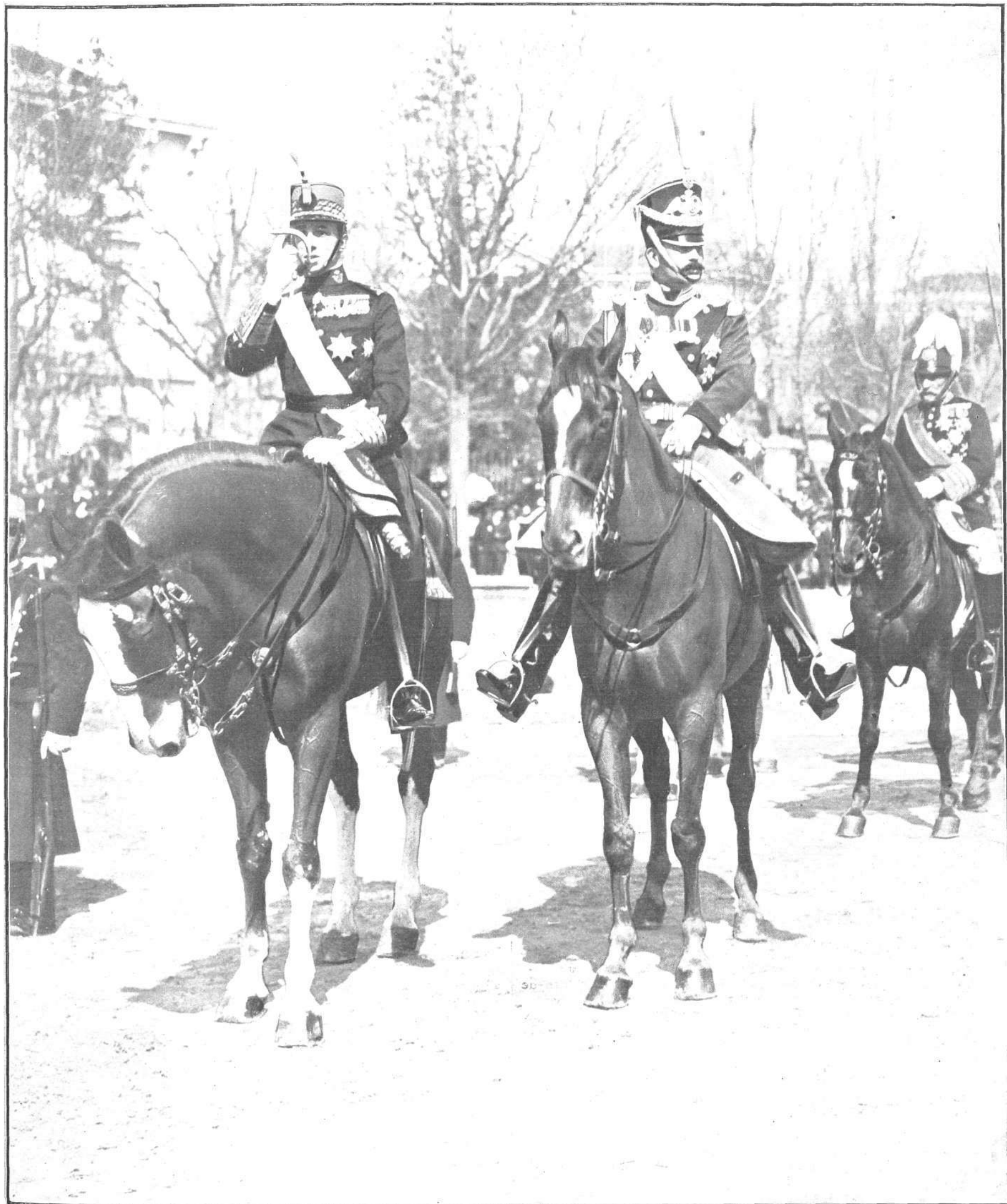
# ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 7

MADRID 2 DE ABRIL DE 1908

AÑO 1



MADRID. EN LA JURA DE BANDERAS

S. M. EL REY Y EL GRAN DUQUE BORIS DE RUSIA SALUDANDO Á LA BANDERA DURANTE EL DESFILE

Fot. Goñi



ENTIERRO DEL VICEALMIRANTE TOPETE. LA FÚNEBRE COMITIVA EN LA CARRETERA DE CANILLEJAS

Fot. Cifuentes



D. RAMÓN TOPETE Y CARBALLO

En su casa de Pueblo Nuevo falleció al finalizar la semana última el vicealmirante D. Ramón Topete, cuyo cadáver ha recibido cristiana sepultura en el cementerio de Canillejas. Había nacido en 1819, y ocupó los más altos cargos de la Armada; navegó mucho y prestó importantes servicios, logrando la estimación y el respeto generales. Descause en paz.

Un *krack* de resonancia universal ha sido el de Mr. Henri Rochette, administrador delegado en París del Banco Franco-Español, y banquero de tan excepcionales aptitudes, que en poco tiempo había logrado organizar numerosísimas é importantes empresas. Mr. Rochette, que empezó su vida siendo muchacho de recados de un *restaurant*, cómico luego, empleado de una casa de banca más tarde y banquero en pleno feliz éxito después, es hombre joven, pues cuenta treinta años, y ha sabido inspirar á sus subordinados tal confianza, que, al mismo tiempo que los accionistas de sus empresas protestaban ante las oficinas, aquéllos celebraban reuniones para pedir á los Poderes públicos la libertad de su jefe.



MR. HENRI ROCHETTE

Fot. Branger

## MADRID. FALLECIMIENTO DEL VICEALMIRANTE TOPETE PARÍS. UN DESASTRE FINANCIERO



PARÍS. EL PÚBLICO ANTE LA CASA NÚM. 31 DE LA CALLE DE SAN JORGE, DONDE ESTÁN INSTALADAS LAS OFICINAS DEL BANCO FRANCO-ESPAÑOL

Fot. Branger



BARCELONA. JUAN RULL, (X) EL PRINCIPAL ACUSADO, AL ENTRAR EN LA AUDIENCIA PARA ASISTIR Á LA VISTA DE SU CAUSA



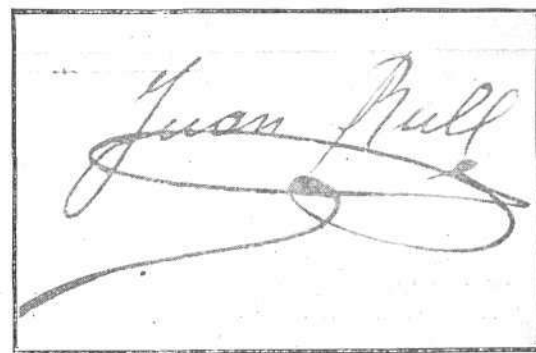
ÚLTIMO RETRATO DE JUAN RULL

## EL PROCESO DEL TERRORISMO

Las actuaciones del proceso del terrorismo, cuya vista ante la Audiencia de Barcelona comenzó la semana pasada, han preocupado hondamente á la opinión pública, que sigue atentamente las incidencias de la causa y siente vehementísimos deseos de que de ella salga la luz que ha de poner al descubierto las criminales maquinaciones de los desalmados que han querido convertir á la hermosa capital catalana en reinado del terror y lugar inhabitable.

Figura capital del proceso es Juan Rull, el ex confidente de la Policía, al cual se refieren los grabados de esta página.

Como se ve en uno de ellos, para la comparecencia de este acusado ante el tribunal se han tomado extraordinarias precauciones.



AUTÓGRAFO DE JUAN RULL Fots. Ballell



DUQUE DE GRANADA DE EGA



DUQUE DE LAS TORRES  
Fot. Huertas



MARQUESA DE CAMARASA



MARQUÉS DE CASA IRUJO  
Fot. Kaulak



DUQUE DE VISTAHERMOSA



DUQUE DE MEDINA DE RÍOSECO  
Fot. Kaulak



DUQUESA DE VISTAHERMOSA



DUQUESA DE MEDINASIDONIA  
Fot. Cifuentes



DUQUE DE ALMODÓVAR DEL RÍO  
Fot. Franzen



VIZCONDE DE LA ALBORADA  
Fot. Debas



CONDE DE CASA MONTALVO



CONDE DE MONTENEGRO  
Fot. Cifuentes



CONDE DE SÁSTAGO  
Fot. Napoleón



CONDE DE TORROELLA DE MONTGRÍ  
Fot. Napoleón



MARQUÉS DE QUIRÓS  
Fot. Franzen



MARQUÉS DE SAN ADRIÁN  
Fot. Franzen



DUQUE DE CIUDAD RODRIGO  
Fot. Cifuentes

## GRANDES DE ESPAÑA

### EL GRAN DUQUE BORIS EN MADRID

En la presente página reproducimos los retratos de los grandes de España que se han cubierto ante el Rey recientemente, y de las aristocráticas damas que han tomado la almohada en el palacio Real. Insertamos además un interesante grupo fotográfico, obtenido durante la recepción celebrada en honor de nuestro egregio huésped el gran duque Boris, de Rusia, en los salones de la Embajada de su nación.



MADRID. RECEPCIÓN EN HONOR DEL GRAN DUQUE BORIS EN LA EMBAJADA DE RUSIA.

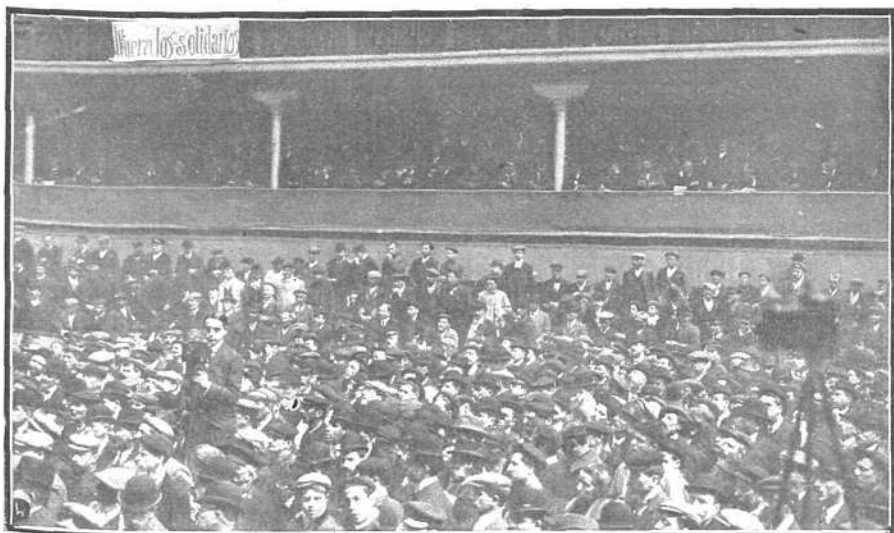
1, EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS. 2, EL GRAN DUQUE BORIS. 3, EL INFANTE D. CARLOS.  
Fot. Cifuentes



EN EL FRONTÓN CENTRAL. EL DIPUTADO SR. CALZADA, PRONUNCIANDO SU DISCURSO

EL DIPUTADO A CORTES D. RODRIGO SORIANO, QUE TOMO PARTE EN EL MITIN DEL FRONTÓN CENTRAL

EN EL FRONTÓN CENTRAL. D. PEDRO NIEMBRO, PRONUNCIANDO SU DISCURSO Fots. Cifuentes



ASPECTO DEL FRONTÓN DURANTE LA CELEBRACIÓN DEL MITIN DEL DOMINGO Fot. Cifuentes



EL MITIN REPUBLICANO CELEBRADO EL DOMINGO EN LA PLAZA DE TOROS DE LAS VENTAS Fots. Rueda

## MADRID. MITINES REPUBLICANOS

LOS ULTIMOS CRIMENES



JULIÁN MUÑOZ, AGRESOR DE SU EXNOVIA, Y SUICIDA



MAXIMINA HERNÁNDEZ, VÍCTIMA DE JULIÁN MUÑOZ Fots. Fernández



JOSÉ MORENO MORENO, MATADOR DE SU MUJER Fot. Alba

Antes de emprender el viaje que ha realizado con su esposo el infante don Fernando para pasar en familia la fiesta de las bodas de plata de los padres de éste, infantes doña Paz y D. Luis Fernando de Baviera, fué la infanta doña María Teresa á la iglesia de la Virgen de la Paloma para que le fuera impuesta la medalla de la Asociación para el culto de aquella venerada imagen. El templo estaba adornado con profusión de luces y flores.

Junto á la barandilla del altar, y al lado de la Epístola, tenía su reclinatorio la Infanta, y detrás había filas de sillas para la alta servidumbre y las señoras de la Junta.

En el atrio recibieron á S. A. la condesa de San Rafael, la señora de Dato y su hija, la señora de don Luis Bahía, las marquesas de Casa Pacheco, Valle de la Colina, Casa Arjona, Salas, Baroja y Padierna, las señoras y señoritas de Laraña, Rosillo, Alarcón, Galvez, Andrés y Ruiz.

El clero se hallaba presidido por el obispo de Madrid-Alcalá.

Frente á la puerta de la iglesia formaban grupo grande y compacto las masas populares de aquella barriada, que dieron muchos ¡vivas! á la Infanta.

El prelado la impuso la medalla de la Real Congregación, que había recibido la Infanta de manos de un niño del barrio llamado Luis Beato Ausía, que la entregó otras para el infantilito Luis Alfonso, hijo de doña María Teresa, para el Príncipe de Asturias y para el infante D. Fernando.

Terminó el solemne acto dando la bendición á los fieles el señor obispo.

S. A. fué vitoreada tanto en el trayecto como al llegar y salir del templo.



S. A. ORANDO ANTE EL ALTAR DE LA VENERADA IMAGEN INMEDIATAMENTE DESPUÉS DE SERLE IMPUESTA LA MEDALLA DE LA CONGREGACIÓN

El Centro Asturiano de esta corte celebra anualmente magníficos banquetes á estilo del país, que congregan en sus amplios salones á todos los socios y á distinguidos invitados, entre los cuales figuran representantes de la Prensa.

El de este año fué digno de la tradicional esplendidez del Centro, y en él reinó la más expansiva confraternidad, siendo su nota saliente, y aun sobresaliente, el más puro patriotismo que brilló en los elocuentísimos discursos pronunciados por el presidente de la Sociedad, general Juárez Inclán, por los Sres. Aguilera (D. Alberto), Francos Rodríguez, Calzada, Niembro, y en nombre de los periodistas, por nuestro estimado compañero de *La Correspondencia de España* D. Fernando Soldevilla.

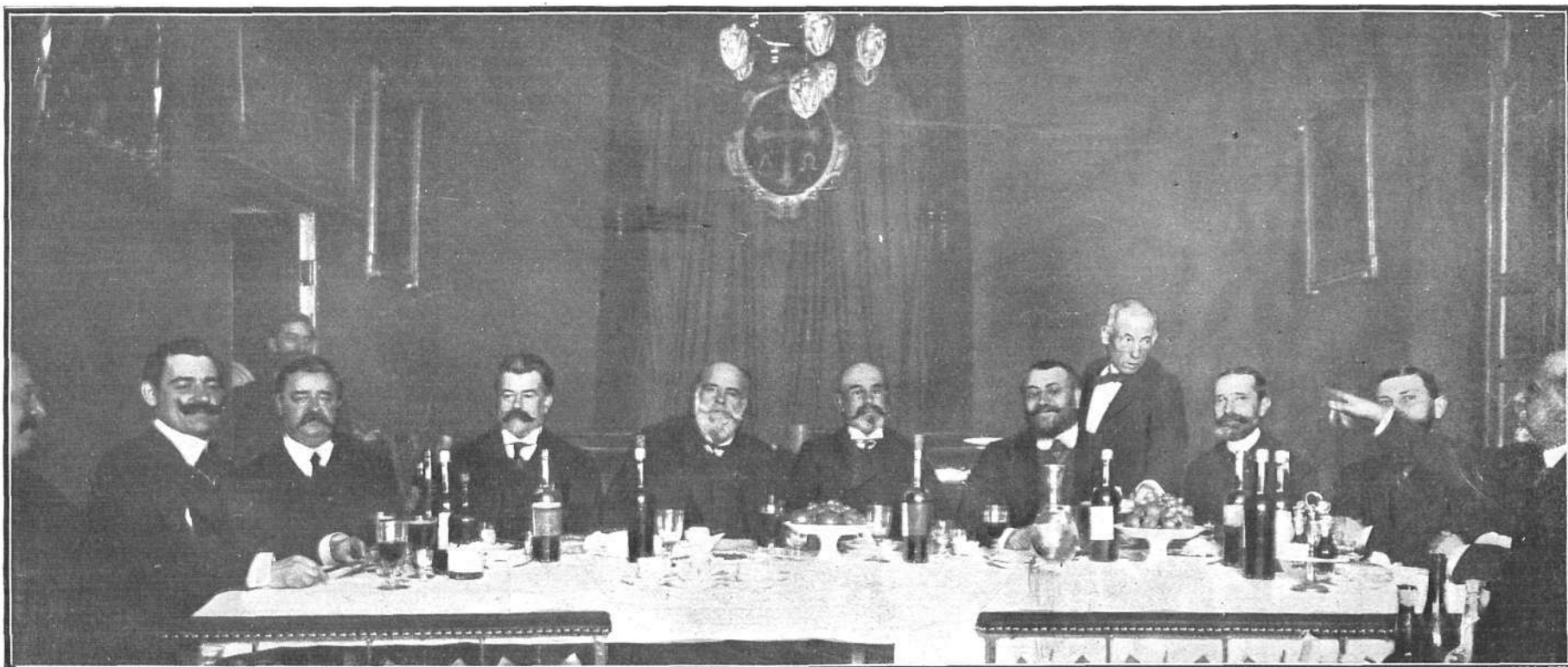
Durante el banquete hubo música del país, gaitas, cánticos de praviania y otros.

A la fiesta estaban invitados, y como no podían asistir enviaron por escrito adhesiones, los Sres. Rodríguez San Pedro, marqués del Vadillo, conde de Peñalver, marqués de Pidal, Labra, Pedregal, marqués de Argüelles, Canalejas, Menéndez Pallares, Pulido y Muñiz (D. Lorenzo), y por telégrafo, el rector de la Universidad de Oviedo.

De todas ellas dió lectura, interrumpida con calurosos aplausos, el secretario don Lorenzo Celada, que inició los brindis con uno de salutación á los invitados al banquete.

Por el acierto de su gestión, coronada con el más feliz de los éxitos, fueron muy felicitados los señores D. Antonio Juárez, D. Francisco Menéndez, D. Benito González y D. Manuel Martínez Albás, que constituían la comisión organizadora.

## LA INFANTA DOÑA MARIA TERESA EN LA IGLESIA DE LA PALOMA BANQUETE EN EL CENTRO ASTURIANO



MESA PRESIDENCIAL DEL BANQUETE CELEBRADO EN EL CENTRO ASTURIANO, SEGUN COSTUMBRE ANUAL. DE IZQUIERDA Á DERECHA: SRES. GARCÍA Y GONZÁLEZ, NIEMBRO, CALZADA, AGUILERA, SUÁREZ INCLÁN, FRANCOS RODRÍGUEZ, CELADA, ANSASTROQUI Y URÍA

Fots. Gifuentes



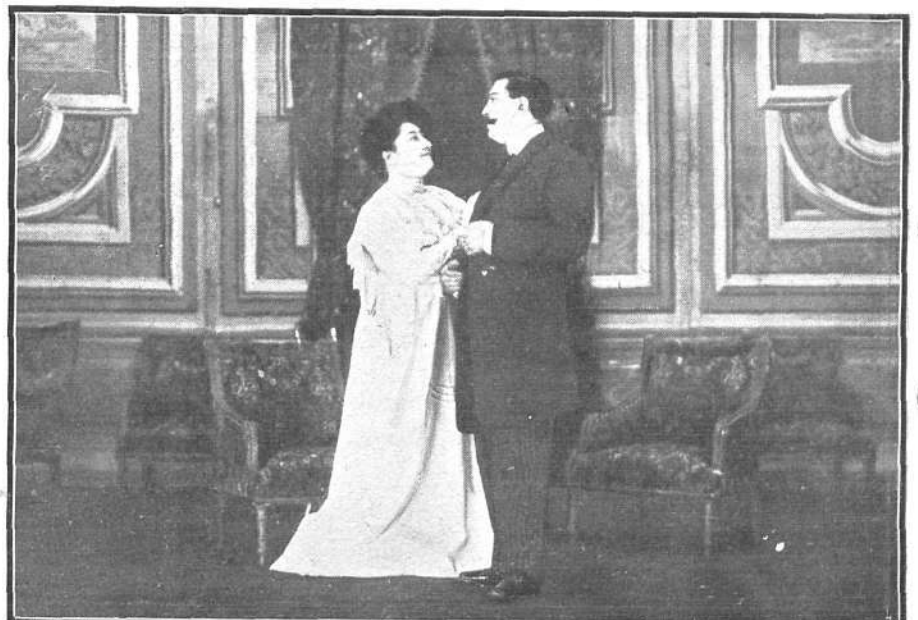
EL GRAN DUQUE BORIS (1) ACOMPAÑADO DEL INFANTE D. CARLOS (2), EN EL CARRUAJE EN QUE SE DIRIGIERON DESDE LA ESTACIÓN DEL NORTE Á PALACIO

## MADRID. LLEGADA DEL GRAN DUQUE BORIS

LOS ULTIMOS ESTRENOS



TEATRO LARA. UNA ESCENA DE «LA ESCONDIDA SENDA», COMEDIA EN DOS ACTOS DE LOS SRES. S. Y J. ALVAREZ QUINTERO



TEATRO DE LA PRINCESA. UNA ESCENA DE «DE PEQUEÑAS CAUSAS...», BOCCETO DE COMEDIA DE BENAVENTE

Fots. Cifuentes



EL ZAPATEO SEVILLANO FÉLIX MOLINA  
ENTERRADOR DE SUS 22 HIJOS

Fots. Bartera



FRANCISCA HERRERA, DENUNCIADORA  
Y CÓMPICE DE FÉLIX MOLINA



MATEO FERRÁN, ACUSADO EN EL PROCESO DEL  
TERRORISMO, QUE SE SUICIDÓ EN LA CÁRCEL



EL AGENTE DE POLICÍA SALVADOR ACOSTA,  
QUE MATÓ AL RANDE «EL SORBETE»

Fots. Alba



EL NUEVO DIRECTOR GENERAL DEL TESORO  
D. JOSÉ R. MARTÍNEZ AGULLÓ

La multiplicidad de asuntos nos obliga a condensar en esta página notas muy diversas, pero todas ellas de verdadero interés. Así aparecen en ella los retratos de Félix Molina y Francisca Herrera, prolífica pareja que ha dado sepultura en las diferentes casas de que fueron habitantes en Sevilla a veintidós hijos habidos en su unión: Mateo Ferrán, el procesado en la causa del terrorismo, que se suicidó en la cárcel de Barcelona; Salvador Acosta, agente de policía que



ÚLTIMO RETRATO DEL ESPADA ANTONIO FUENTES, QUE EN ESTOS DÍAS  
SE DESPEDIRÁ DEL PÚBLICO

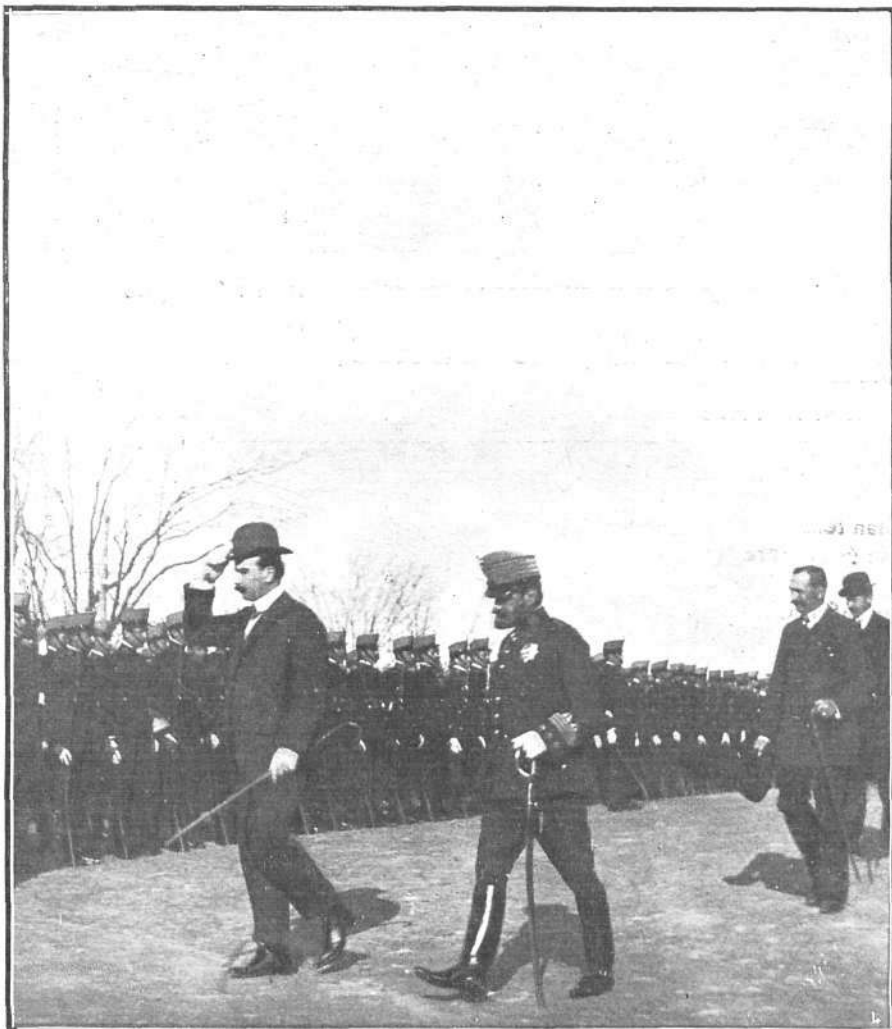


EL ILUSTRE PINTOR D. JOSÉ NIN Y TUDÓ  
FALLECIDO EN MADRID

mató a un rancho en la calle de Espoz y Mina; publicamos también los retratos del nuevo director general del Tesoro, del espada Antonio Fuentes, que el próximo día 5 se despedirá definitivamente del público madrileño, y del notable artista D. José Nin y Tudó, que ha bajado al sepulcro después de largos años de penosísima dolencia.

Cierran la plana dos instantáneas referentes a la estancia del gran duque Boris, de Rusia, en España.

## MISCELANEA DE ACTUALIDADES



TOLEDO. EL GRAN DUQUE BORIS, DE RUSIA, REVISTANDO Á LOS ALUMNOS  
DE LA ACADEMIA DE INFANTERÍA

Fot. Garcés



MADRID. EL GRAN DUQUE BORIS (1) ACOMPAÑADO POR D. ALEJANDRO FERRANT (2)  
Y OTRAS PERSONAS, EN EL MUSEO DE ARTE MODERNO

Fot. Goni



—¡Valiente cara de tuno!—pensó el marqués, que era gran fisonomista.—¿Qué demonios tendrá que ver ese bellaco con mi noble primo...?

## LA MUERTA EN VIDA

### SEGUNDA PARTE

*Continuación.*

#### III

**D**os millones! La cifra era crecida y capaz de dar que pensar á cualquiera; pero el señor de Chavigny estaba medio loco.

Parecióle, pues, muy natural aquella exigencia, y la aceptó gozoso.

¿Qué eran dos millones para un hombre que poseía seis? ¿Qué valía todo el oro del mundo comparado con la felicidad que ambicionaba?

Firmó sin vacilar el contrato por el que dotaba con 100.000 libras de renta á la Srta. Olimpia de Rahon, futura marquesa de Auvray de Chavigny, y el matrimonio se celebró en la capilla del palacio, por ser el conde Annibal y su esposa los únicos parientes que tenía la huérfana.

La ceremonia fué triste, á pesar de la gran afluencia de gente y del lujo verdaderamente regio que los condes desplegaron.

Durante su juventud, y aun en su edad madura, el marqués de Chavigny había abusado de la vida y de todos los placeres que proporciona la fortuna. Al llegar la vejez, estaba totalmente aniquilado, á pesar de los afeites y cosméticos de toda clase con que procuraba reparar los estragos del tiempo. Parecía una ruina pretenciosa, pintada y revocada, pero desmoronándose por todas partes.

La unión de aquella linda niña, blanca y lozana, con aquel anciano de andar vacilante y de ojos de sátiro, pareció repulsiva á la mayor parte de los convidados. Muchos se persuadieron, sin fundamento alguno, como sabe el lector, de que la pobre Olimpia era una pobre mártir sacrificada á la fortuna del marqués.

A los pocos días de celebrarse el matrimonio, el marqués, más enamorado que nunca, quiso aislar su felicidad para saborearla mejor. Llevóse á su joven esposa, como un galán roba á su dama, y la condujo á una de sus posesiones, sita en los confines de la alta Auvernia, á veinticinco leguas del castillo de Rahon.

Durante las primeras semanas, el fausto regio que rodeaba á la joven, la belleza de los parques y jardines, el lujo de los trenes, la numerosa servidumbre que obedecía sus menores indicaciones, y muy principalmente los suntuosísimos trajes de que estaba atestado su guardarropa, la deslumbraron y la aturdieron.

A pesar de sus precoces tendencias á la ambición y al cálculo, Olimpia continuaba siendo una niña. Agradóle en un principio aquel cambio que repentinamente había transformado á la pobre huérfana en rica y poderosa dama. Divirtiéronle las lisonjas y adulaciones de sus doncellas y demás criados.

Pero todos estos goces de pura vanidad la cansaron muy pronto, y no tardó en llegar un día, mejor dicho, una noche en que la joven echó de ver que se aburría horriblemente.

Una vez hecho este descubrimiento, la marquesa no vaciló un instante, y, con gran asombro de Chavigny, le declaró resueltamente que no se había casado para vivir en aquel aislamiento y que quería gozar de todos los placeres que su rango y su fortuna podían proporcionarle.

Aquella súbita declaración arrebató sus ilusiones al anciano, que se figuraba haber atracado por fin en el puerto de la paz y de la dicha después de las borrascas y agitaciones de su vida pasada. Creyó que con una esposa joven y bella, cariñosa y obediente, vería deslizarse tranquilos y felices los últimos años de su vida, salvándose, gracias á su aislamiento y al candor y sólidos principios de la marquesa, del hado cruel que en sus mocedades había hecho sufrir á más de cuatro maridos...

Al oír á Olimpia, el marqués se estremeció, pues, sobrándole experiencia, á la primera ojeada comprendió lo que le reservaba el porvenir. Vió á su joven esposa, á aquella perla de inocencia y de candor, rodeada de una turba de petrimetros y galanes, que ostentarían á sus ojos mil gracias y seducciones, contra las cuales no le era dado luchar sin ser vencido.

Asustóle la idea de semejante suplicio, y llegó á persuadirse de que lograría vencer sin grande esfuerzo el momentáneo capricho de la marquesa cortando de una vez para siempre aquellas aspiraciones que amenazaban destruir su felicidad.

A este efecto, quiso valerse de su autoridad negándose á acceder á los deseos de la marquesa, alegando que estaba hastiado de los ruidosos placeres de las ciudades, que el aire del campo era indispensable para su salud, que se encontraba muy bien en sus posesiones y que, decidido como estaba á no abandonarlas, Olimpia habría de resignarse á hacer lo mismo, puesto

que el deber de toda esposa era acompañar asidua y fielmente á su marido.

Esto lo dijo el marqués sin brutalidad... pero con firmeza, apoyándose en una multitud de razones que tal vez serían muy buenas y atendibles, pero que parecieron á Olimpia detestables.

La joven replicó vivamente. Declaró que, si había aceptado el título de marquesa de Chavigny, no era ciertamente para cuidar de los reumatismos de su marido... que nunca había tenido vocación de enfermera... que se hallaba en lo mejor de su juventud, y que el marqués debía darse por muy satisfecho si, á fuerza de galantería y condescendencia, se hacía perdonar sus sesenta años cumplidos.

Estas y otras razones no menos sólidas y convincentes cayeron como granizo sobre las costillas del infortunado esposo. Olimpia no carecía de talento, y la cólera le prestó elocuencia con que defender su causa.

El viejo trató de resistir á los voluntariosos caprichos de su hermosa tirana. Pero ¿para qué? ¡El hombre propone y la mujer dispone! La lucha podría tal vez prolongarse, pero el resultado no era dudoso. El marqués estaba ya vencido.

Al siguiente mes, la marquesa, gozosa y triunfante, se instalaba con él en el espléndido palacio de Clermont, y se disponía á dar magníficas fiestas á toda la nobleza de la provincia.

Realizáronse, con efecto, sus deseos, y los bailes, los festines y las diversiones se sucedieron sin interrupción en su casa.

El marqués no se atrevía á abandonar á su esposa ni un solo instante; rababa y se desesperaba, con tanto mayor motivo cuanto que sus previsiones se iban realizando punto por punto. La hermosa Olimpia se veía incesantemente rodeada de un círculo de adoradores. Se concibe fácilmente hasta qué punto llegarían los furiosos celos del anciano.

Casi todos los días le daban accesos de cólera y ataques de bilis que amenazaban seriamente su existencia. Dirigía á su mujer súplicas, órdenes y hasta amenazas; pero todo era inútil. La joven no alteraba en lo más mínimo su método de vida, y acogía, por lo regular, con una estrepitosa é irreverente carcajada los lamentos y furiosos de su Oteló.

Debemos, sin embargo, añadir que en los dos primeros años la marquesa no dió motivo alguno que pudiera justificar los celos del marqués.

Olimpia era ciertamente coqueta, pero se mostraba igual para con todos; entre la turba de sus adoradores, no había ninguno favorecido. Mas, al empezar el tercer año, hubo un cambio de mal agüero.

Olimpia se dejó prender por las gracias y atractivos de un joven oficial de Caballería, el vizconde de Sommes: estimuló visiblemente sus galanteos, y, aunque no tenía en realidad nada grave que echarse en cara, su reputación empezó á padecer.

No necesitaba tanto el señor de Chavigny para acabar de perder el seso. Una noche, en medio de una fiesta, desafió al vizconde de Sommes, que acababa de recibir una flor de manos de la marquesa y la ostentaba descaramadamente. Agarró después á Olimpia por un brazo y la sacó de los salones, gritando que iba á encerrarla en un convento, de donde no volvería á salir.

Aquella deplorable escena produjo, como era natural, un gran escándalo. Olimpia se desmayó. Las mujeres tomaron su defensa, y muchos maridos, al verla tan bonita, acusaron *in petto* de brutal y tirano al viejo celoso.

Al día siguiente, el marqués de Chavigny volvió del desafío más furioso aún. El vizconde de Sommes, después de haberle desarmado tres veces seguidas, había dicho que no continuaría de ningún modo el combate contra un viejo cuya trémula mano no podía sostener la espada.

En el patio de su casa aguardaba, por orden del marqués, un carruaje; en él quiso hacer subir á la joven.

Olimpia resistió.

El marqués de Chavigny trató de emplear la fuerza para obligarla á obedecer, pero aquella se defendió lanzando agudos gritos.

El viejo, fuera de sí, en un raptó de locura, levantó la mano, y la abofeteó delante de una porción de criados.

Olimpia huyó.

#### IV

El marqués de Chavigny estuvo á punto de sufrir un ataque cerebral; vaciló, pero haciendo un supremo esfuerzo y agarrándose á los brazos de un sillón para no caer, gritó:

—¡Detened! ¡Traedla aquí!

Inútiles órdenes.

Nadie hizo caso. Olimpia salió sin obstáculo del salón, y luego de la casa, jurando no volver.

¿Adónde iba? Lo ignoraba; pero, una vez en la calle, se puso á reflexionar. La situación era difícil; en aquellos momentos, la más leve imprudencia podía causar su perdición. Comprendiéndolo así, tuvo la feliz idea de refugiarse en casa de una persona á quien todos respetaban y apreciaban: la esposa del conde de Saint-Geran, gobernador de la Auvernia. Los Saint-Geran eran algo parientes de la casa de Rahon. La condesa había presenciado el escándalo de la noche pasada, y, persuadida de que Olimpia era más bien imprudente que culpable, le otorgó de buen grado la hospitalidad que la joven fué á pedirle.

El marqués de Chavigny, á quien una copiosa sangría había salvado de un ataque cerebral inminente, y cuyo furor no reconocía ya límites, quiso llevar á cabo su terrible amenaza de encerrar á su esposa en un convento.

Pero se encontró frente á frente un poderoso adversario.

El conde Annibal de Rahon tomó la defensa de Olimpia, acudió precipitadamente á Clermont y entabló un proceso de divorcio contra el marqués por injurias y violencias graves.

El proceso duró un año. Por último, salió triunfante Olimpia. Se decretó que se la considerase en lo sucesivo libre, condenando al marqués de Chavigny á la restitución de la dote de dos millones que la cándida niña había tenido la prudencia de estipular como condición precisa para llevar á efecto su matrimonio.

La situación de la marquesa de Chavigny, libre á los veintidós años, sin ser viuda, con singular belleza y capital, era en extremo peligrosa.

La condesa de Rahon, con su tacto y perspicacia habituales, comprendió cuán difícil sería que su linda parienta sacase su honor á salvo de los riesgos que iba á correr abandonada á sí misma, sin guía y sin apoyo. Propúsole que se fuese á vivir con ella, y la marquesa aceptó el ofrecimiento con la mayor gratitud.

He aquí, pues, explicada la presencia de Olimpia en el palacio al presentarse allí el marqués de Saint-Maixent.

Aquella mañana se pasó de una manera rápida y agradable. Nunca se había mostrado nuestro héroe tan brillante y tan alegre; nunca había dado tan repetidas pruebas de tranquilidad de ánimo. Parecía olvidar completamente su difícil situación.

La condesa de Rahon, que siempre había profesado á su primo una sincera amistad, admiraba aquel descuido y aquella calma, que eran para ella testimonio de una conciencia tranquila.

Por lo que respecta á la señora de Chavigny, sentíase conmovida, deslumbrada, fascinada. Cada palabra del marqués contribuía á aumentar su entusiasmo; aquel proscrito, aquel inocente perseguido, que con encantadora sonrisa había corrido tan grandes riesgos, le parecía la realización perfecta del fantástico personaje de sus ensueños.

Creemos inútil añadir que ni una sola de sus lánguidas miradas, ni uno solo de sus ahogados suspiros, ni una sola de las palpitaciones de su blanco pecho escapaban á la mirada investigadora de Saint-Maixent.

—Esto marcha—se decía—decididamente soy un hombre feliz.

—¿Os sentís cansado, primo mío?—preguntóle el conde después de comer.

—De ningún modo. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque, siendo así, os propongo un paseo á caballo. Estoy deseoso de enseñaros estos alrededores, que son hermosísimos.

Acepto con mucho gusto.

El señor de Rahon dió las órdenes oportunas, y poco después los dos caballeros abandonaron el parque, seguidos de un solo lacayo, montados en magníficos corceles.

El paseo era sólo un pretexto inventado por el conde para hablar á solas con Saint-Maixent.

—¿Qué os parece la condesa de Chavigny?—preguntó Annibal, entablando la conversación.

—Parece que no puede ser más exacto el nombre de *belle Olimpia*—repuso el marqués.—Muy perfecta tiene que ser para no quedar totalmente eclipsada al lado de vuestra esposa.

—¡Gracias en nombre de la condesa!—exclamó el señor de Rahon sonriendo.—Cuando volvamos le repetiré esa galantería. Ahora, querido primo, permitidme que trate seriamente con vos de un asunto que anoche no hice más que insinuaros.

—¿Qué asunto es ese, mi querido conde?

—La misma Olimpia.

—¡Ah! ¡ah!

—En tono de broma os he dado el consejo de velar sobre vuestro corazón. Pero ahora debo suplicaros, en nombre del honor, que sigáis ese consejo. Os ruego que os violentéis cuanto sea posible para no parecer demasiado seductor. Si la marquesa llegara á amaros, sería una gran desgracia.

—No hay peligro de que tal suceda—replicó alegremente el marqués.—Pero, en fin, si así fuese, ¿no exageráis esa desgracia?

—Nada exagero; bastará que miréis las cosas como yo las miro para comprenderlo. Si mi prima Olimpia fuese viuda, os diría al punto: «Procurad agradarla; es buen partido, pues, además de ser muy cariñosa y muy linda, posee dos millones.»

—¡Dos millones!—repitió Saint-Maixent, estremeciéndose de una manera tan brusca, que su caballo estuvo á punto de encabritarse.

—Ni más ni menos.

—Creía que el vizconde de Rahon, padre de la marquesa, había muerto sin dejar fortuna.

—Y no os equivocabais. Ahora os explicaré por qué Olimpia es rica.

El conde hizo á Saint-Maixent el relato que dejamos consignado en las páginas anteriores, y añadió:

—Desgraciadamente para Olimpia, y para vos, el marqués de Chavigny no ha muerto, y, aunque pasa ya de los sesenta, todavía puede vivir bastante. No quiera Dios que yo le desee una muerte repentina; pero, si se decidiese á abandonar este mundo, haría un gran favor á la pobre marquesa.

—¡Ya veréis, primo mío, cómo no tiene la galantería de darse prisa!—exclamó Saint-Maixent riéndose.—¡Oh, los maridos...!

—Así las cosas—prosiguió el conde,—comprenderéis cuán funestas serían las consecuencias de una pasión entre Olimpia y vos. La situación de una mujer joven y bella, separada de su marido, es harto difícil y comprometida á los ojos del mundo, sin necesidad de agravarla con nuevas complicaciones. La condesa, al ofrecer á Olimpia la hospitalidad de nuestra casa, y al tomarla bajo su protección, se ha constituido oficiosamente, en cierto modo, en su tutora. Debe, pues, velar por ella como una madre por su hija, y no tolerar el más leve desliz que perjudique á su reputación. Ahora bien; no ignoráis que el amor, aunque sea puro, no puede permanecer oculto mucho tiempo. Si la marquesa llegara á amaros, los espías que, con el nombre de criados, nos rodean, no tardarían en advertirlo, pues no hay secreto posible con esa gente.

Este descubrimiento produciría escándalo; la maledicencia y la calumnia lo aumentarían con sus comentarios y exageraciones. Dirían, no lo dudéis, que la condesa y yo nos prestamos á una intriga adúltera, y si no nos acusaban de ser complacientes, nos tacharían de ceguedad. ¿Qué resultaría de todo esto? Ya lo habréis adivinado. Hay murmuraciones que se pueden despreciar; pero no sucede así con otras: una vez comprometido el honor, nos veríamos en el duro trance de separarnos de Olimpia ó de vos, ó quizá de ambos. Pesad bien estas razones, primo mío, y acordaos de que apelo á vuestra prudencia y á vuestra razón.

—Me dais una prueba de aprecio y confianza de que estoy orgulloso—

repuso Saint-Maixent con acento convencido.—Por lo mismo que os la agradezco de todo corazón, procuraré merecerla. Por lo demás, mi mérito no será muy grande, pues, aunque la señora de Chavigny es lindísima, conozco muy bien que no hará latir mi corazón. En cuanto á agradarla—añadió el joven con una sonrisa,—podéis estar muy tranquilo. La benevolencia con que me miráis os hace exagerar mis medios de seducción; pero, en fin, si por una extraña casualidad se realizasen vuestros temores, si la bella Olimpia tuviese el mal gusto de acordarse de mí, me comprometo solemnemente desde este instante á desanimarla con mi glacial indiferencia. ¿Estáis contento, primo mío?

El conde, por única respuesta, estrechó la mano de Saint-Maixent.

## V

El paseo se prolongó todavía un buen rato, sin que la conversación se desanimara, aunque cambió por completo de asunto.

Annibal habló á su primo de las gestiones que pensaba hacer para proporcionarle lo más pronto posible la absolución de su pasado en forma de carras-patentes expedidas por el rey.

El conde no dudaba de obtener un éxito satisfactorio, pero temía verse precisado á ir á París para decidir al rey y apresurar la conclusión de tan importante asunto.

Entretanto, iba á escribir al gobernador de la provincia, con quien le unían lazos de parentesco, y al lugarteniente civil, que le debía muchos favores, para obtener de ellos la suspensión provisional de las pesquisas dirigidas contra el marqués.

El joven quiso manifestar calurosamente su gratitud, pero el señor de Rahon puso fin á sus protestas diciendo que no hacia más que cumplir un deber propio de todo caballero al procurar que se hiciese justicia.

En el momento en que los dos primos, de vuelta de su excursión, entraban en el parque y se dirigían hacia la escalinata del palacio, un hombre de fisonomía estrambótica y aspecto poco recomendable se acercó al señor de Rahon, haciendo tres ó cuatro profundísimas reverencias, y solicitó permiso para decirle algunas palabras reservadas.

—Perdonad, querido primo—dijo el conde á su huésped, y se apartó un poco con su caballo.

La conversación duró dos ó tres minutos; pero en este intervalo el marqués examinó con una instintiva curiosidad al interlocutor de su noble primo.

Era un individuo como de cincuenta años, vestido de negro, tan largo y tan flaco y tan deforme que parecía que se iba á caer en pedazos. La expresión de su semblante era á la par picaresca, astuta y santurrón. Un pintor que quisiera representar la imagen de la hipocresía hubiera obtenido una obra maestra con sólo copiar aquellas facciones.

—¡Valiente cara de tuno!—pensó el marqués, que era gran fisionomista.—¿Qué demonios tendrá que ver ese bellaco con mi noble primo...? ¡Ah, ya caigo!—exclamó dándose una palmada en la frente;—debe ser el hombre de quien Lázaro me ha hablado, y que, si mi memoria no es infiel, se llama Lactancio. Si efectivamente es él, y si su fisonomía no miente, será muy fácil comprar su conciencia á peso de oro.

En aquel momento terminó la conversación reservada.

El hombre escuálido se inclinó hasta el suelo y se alejó, mientras el conde de Rahon se reunía con su huésped.

—Perdonad mi indiscreción, primo—dijo este último sonriendo;—pero ¿una singular catadura del individuo con quien habéis estado hablando ha excitado mi curiosidad...? ¿Queréis decirme quién es?

—El hombre más honrado del mundo—replicó el conde.

—¡Ah!—exclamó Saint-Maixent, sin poder disimular su sorpresa.

—Eso os admira, bien lo veo—prosiguió el señor de Rahon.

—Si he de ser franco, os diré que su aspecto no habla en favor suyo.

—Soy del mismo parecer; pero su aspecto engaña, lo cual prueba que nunca se debe juzgar por exterioridades. Un hombre tan poco favorecido por la Naturaleza como ese digno servidor, tiene precisión de tener más honradez y de hacer más méritos que cualquier otro. Lactancio, pues así se llama, lo ha conseguido desempeñando con un celo y probidad dignos del mayor elogio las delicadas funciones de mayordomo.

—Estaba seguro de que era él—pensó Saint-Maixent.

—Lactancio tiene cincuenta años—prosiguió el señor de Rahon,—y hace más de cuarenta que está al servicio de mi familia. Entró muy niño en el castillo para servir no sé de qué en las caballerizas; de allí salió para ser pinche de cocina, y luego jardinero, dando en estos diversos oficios grandes pruebas de inteligencia y amor al trabajo.

Aprendió él solo á leer, escribir y contar, sin distraerse ni una hora de sus ocupaciones habituales; estudiaba de noche, mientras los demás descansaban.

Mi padre, asombrado de la fuerza de voluntad que desplegaba aquel joven, quiso hablar con él, y quedó encantado de sus respuestas. Hízole desempeñar varios cargos de confianza, y acabó por encargarle de vigilar con disimulo al mayordomo, acerca de cuya probidad había concebido serias dudas.

Dos meses bastaron á Lactancio para demostrar á mi padre con pruebas fehacientes que el mayordomo le robaba dos mil escudos anuales.

Inmediatamente fué despedido el estafador y ocupó su lugar el hombre honrado.

Hace de esto veinticinco años. En ese largo período, la honradez de Lactancio no se ha desmentido ni un solo instante. Es un santo, en toda la extensión de la palabra.

Ahora que le conocéis mejor, primo, rogado al cielo que, el día en que podáis disponer de una gran fortuna, os proporcione un mayordomo como Lactancio.

Saint-Maixent volvió la cabeza hacia otro lado para ocultar una sonrisa que no pudo reprimir.

El día terminó sin incidentes que merezcan ser referidos. Cuando llegó

la hora de acostarse, el marqués encontró en su antecámara á Lázaro, que le estaba aguardando.

—¿Hay algo de nuevo?—le preguntó.

—Nada, señor marqués—replicó Lázaro;—la casa está muy bien organizada; cada cual se ocupa de lo suyo. Sólo el mayordomo me anda haciendo las vueltas para sonsacarme; pero, como tengo instrucciones del señor marqués y sé lo que he de decir, pierde el tiempo lastimosamente.

—A propósito de Lactancio—dijo Saint-Maixent,—hoy le he visto...

—¿Me permite el señor marqués que le pregunte cuál es el juicio que ha formado?

—Parece que es un tuno muy largo que engaña aquí á todo el mundo, lo cual, por cierto, no es muy difícil. ¡Estos bobalicones creen en la virtud!

—¿Conque el señor marqués participa de mi opinión?—exclamó Lázaro, cuyos ojos brillaron de júbilo.—¿Qué honor tan grande para mí! Ahora apostaría mi cabeza contra cien libras á que no me he engañado... y la apostaría con la seguridad de ganar...

—He aquí la consigna—repuso Saint-Maixent.—Escucha.

—Soy todo oídos.

—Espía al mayordomo sin que lo note; no le pierdas de vista; sígueme á todas partes, lo mismo dentro que fuera del castillo. No creo que te cueste mucho trabajo. Ese bellaco se cree, sin duda, muy astuto porque engaña como chinos á los inocentes lugareños que le rodean; pero, al lado de un parisense como tú, debe ser un niño de teta. Necesito saber á qué atenerme acerca de ese hombre, y es preciso que lo averigues antes de una semana. Espero que desempeñarás perfectamente esta misión de confianza.

—Descuide el señor marqués; se harán las cosas en regla: en menos de una semana me comprometo á darle cuantos informes pueda desear.

Saint-Maixent repuso sonriendo:

—Eres un hombre listo; te pronostico un brillante porvenir. Algún día llegarás á ser mayordomo de uno de los señores más ricos de Francia...

—Si tuviera que abandonar el servicio del señor marqués, lo rehusaría—exclamó Lázaro lleno de convicción.

—¿De veras?

—¡A fe de quien soy! ¡Que me ahorquen si miento!

—¿Conque tanto me quieres, tunante?

—¡Ya lo creo! Más que á las niñas de mis ojos.

—Y, sin embargo, te pago bastante mal algunas veces. Si mal no recuerdo, te debo más de un año de salario...

—Ya me lo pagará el señor marqués. Cuando se sirve á un señor tan generoso y desprendido, hay seguridad de cobrar con creces. Además, yo no miro sólo el interés. El señor marqués me aprecia, sabe lo que valgo, y á veces me hace el honor de decírmelo... Prefiero eso al dinero.

—Pues bien; siendo así, tranquilízate. Ese rico señor de que hablo, y á quien podrás robar á tu gusto sin que se digne notarlo, se llamará Luis Sigismundo, marqués de Saint-Maixent...

Lázaro dió un brinco de alegría.

—¿Es decir, que estamos en el camino de la fortuna?—exclamó.

—Ciertamente; y te aseguro que ahora no se me escapará. Pasó el tiempo de las calaveradas. Saint-Maixent el aventurero ha de ser antes de mucho Saint-Maixent el millonario... Conque, amigo mío, buenas noches, no te necesito; me desnudaré solo. Desde mañana, manos á la obra. No olvides que me hacen falta esos informes, y que quiero tenerlos muy pronto.

Lázaro se retiró á su cuarto, y Saint-Maixent entró en su dormitorio y se acostó.

## VI

Aquella noche el marqués no pudo pegar los ojos; asaltaron su espíritu ideas de ambición y de riqueza que alejaron de sus párpados el sueño hasta el amanecer.

—Cuanto más reflexiono—se decía,—más me convenzo de que mi buena suerte me envía la oportunidad de asegurar mi porvenir sobre sólidas bases y de volver á mi antigua vida. La fortuna está al alcance de mi mano: para cogerla me bastará tener habilidad y osadía. Las tendré.

La marquesa de Chavigny posee dos millones; está predisuelta á amarme: el día que yo quiera me pertenecerá en cuerpo y alma... Verdad es que Olimpia está casada; pero su marido puede morir de un día á otro... Además, si ese incómodo vejatorio se empeñase en no dejarla viuda, hay recursos seguros y sin compromiso para mandarle á visitar á sus antepasados.

El conde y la condesa de Rahon, casados desde hace catorce años, no han tenido aún hijos, ni los tendrán. Olimpia es su más próxima pariente y su única heredera, de modo que los inmensos bienes que ellos poseen llegarán á ser suyos después de su muerte... El conde es de naturaleza débil y enfermiza... y la condesa no sobrevivirá largo tiempo á la pérdida de su amado esposo. Una vez casado yo con Olimpia, la herencia no se hará esperar... ¡Ah! ¡Es cosa de volverse loco!

El marqués pesó en su espíritu, lentamente y una á una, las dificultades que ofrecía la empresa, y hubo de confesar que esas dificultades eran, si no insuperables, muy arduas de vencer. Hacerse amar de la bella Olimpia era lo de menos, á juicio de nuestro héroe; pero ¿cómo sostener una intriga amorosa bajo la vigilancia del conde y la condesa?

Bien claro había dicho Annibal que no toleraría que su casa sirviese de asilo á relaciones culpables. Tan pronto como se manifestaran los primeros síntomas de un naciente amor, se apresuraría á cortar el mal de raíz, y el marqués de Saint-Maixent, alejado del castillo, perdería de golpe sus magníficas esperanzas y la poderosa protección de su pariente.

¿Qué hacer, pues?

Por un momento pensó Saint-Maixent en deshacerse, ante todo, del marqués de Chavigny, y suprimido el obstáculo que imposibilitaba el matrimonio, adquirir el derecho de amar á Olimpia; pero no tardó en desechar semejante propósito, incompatible con las leyes más vulgares de la prudencia.

Dejar á Olimpia viuda y rica antes de haber alcanzado sobre ella derechos imprescriptibles, era por demás arriesgado y peligroso.

Era posible que, libre ya Olimpia, cambiara de resolución, ó tuviera el capricho de volar en alas de su fantasía, de ver, de comparar y de elegir. La libertad suele hacer tales milagros.

Saint-Maixent renunció, pues, prudentemente á trazarse desde luego una línea de conducta, y resolvió obrar según lo exigieran las circunstancias.

En el castillo de Rahon, la vida era uniforme; sucedíase los días sin la menor variación. Las comidas, los paseos á caballo, las conversaciones con la condesa y con la bella Olimpia, que no se separaban nunca, algunas partidas de caza á que asistían en carruaje las dos damas, ocupaban el tiempo con una monotonía que no dejaba de tener atractivos.

Cuando algunos nobles de las inmediaciones iban de visita al castillo, el marqués procuraba no encontrarse con ellos y se entretenía en dar por el parque solitarios é interminables paseos.

Por lo demás, observaba fielmente la línea de conducta que se había trazado, hablando á la condesa de Chavigny con política frialdad, y reservando para la condesa de Rahon todos los refinamientos de su brillante galantería.

Esa táctica produjo un doble resultado.

Tranquilizó al conde, inspirándole, según los deseos de Saint-Maixent, una ilimitada confianza, y además causó á la señora de Chavigny profundo asombro y despecho al ver que el marqués no manifestaba delante de ella ni turbación ni entusiasmo, y que parecía no reparar siquiera en su belleza.

—¿Y á mí que me importa?—se decía Olimpia, herida en su amor propio.

Mas, á pesar suyo, permanecía ensimismada durante largas horas revolviendo en su espíritu mil pensamientos.

A los seis días de haber llegado nuestro héroe al palacio de Rahon, el conde recibió un pliego lacrado y sellado con las armas de la Auvernia. Dióse prisa á romper el sobre, y leyó el contenido con visible satisfacción.

—Querido primo—dijo á Saint-Maixent, que se encontraba casualmente á su lado,—esperaba esta carta con impaciencia. Mi pariente el gobernador me comunica que, á instancia mía, se ha dado orden para que se suspenda provisionalmente la persecución dirigida contra vos. Nuestros asuntos caminan, pues, viento en popa. Ahora sólo se trata de cambiar esta disposición provisional en definitiva, lo cual es muy difícil; pero, con ayuda de Dios, creo que lo conseguiré. En esta ocasión, en que se halla interesado el honor de mi familia, el Rey, no lo dudo, se acordará de que más de una vez se ha dignado llamarme su amigo.

Saint-Maixent estrechó las manos del conde con una efusión tan hábilmente fingida, que hubiese engañado á cualquiera.

—Pero no se puede escribir al Rey—prosiguió el conde de Rahon,—y, por lo tanto, es indispensable un viaje á París. Partiré lo más pronto posible, y aprovecharé el viaje para colocar en buenas manos vuestros negocios de interés, acerca de los cuales os suplico me deis una memoria muy exacta y detallada. Conozco en París un procurador hábil á la par que honrado, que convocará á vuestros acreedores, examinará sus cuentas y hallará tal vez medio de salvar algunos restos de vuestra fortuna. Espero que mi ausencia será corta; pero podría suceder que, mientras dure, os ocurrieran gastos imprevistos. Mi mayordomo recibirá orden de entregaros cualquier cantidad que le pidáis. Me devolveréis esas bicocas cuando mi procurador haga soltar su presa á los judíos que os han despojado.

Aquella misma noche, nuestro héroe encontró, como de costumbre, á Lázaro en la antecámara. El rostro de su lacayo tenía tal expresión de alegría, que su amo lo advirtió y le dijo:

—Tú tienes algo que decir; te lo conozco en la cara.

—El señor marqués no se equivoca, y espero quedará contento de mí—repuso Lázaro.—Traigo minuciosos pormenores acerca de maese Lactancio.

—Habla pronto.

—Pues entonces, ármese el señor marqués de paciencia. Mi relación es larga, y para decirlo todo necesitaré algún tiempo.

—Tómame el que necesites, pero abrevia cuanto puedas. Empieza, que ya te escucho.

## ///

Lázaro comenzó así:

—Para mostrarme digno de la confianza que el señor marqués se ha dignado otorgarme, debía estudiar á maese Lactancio bajo el triple punto de vista de la maravillosa probidad, del desinterés sin límites y de la virtud sobrehumana que el señor conde de Rahon está muy persuadido reúne su mayordomo. He hecho lo posible, y me atrevo á decir que el éxito ha superado mis esperanzas.

Maese Lactancio es mayordomo del castillo desde hace veinticinco años, con el sueldo de 400 libras anuales, las que, multiplicadas por 25, dan por resultado 10.000 libras, si yo sé contar, y si el pobre hombre no se ha permitido nunca el más leve despilfarro. Unamos á esto el interés que ha podido producir esa suma, más algunas gratificaciones que haya recibido, y, para obtener un número redondo, admitamos un total de 15.000 libras de economías. Ahora bien, maese Lactancio ha comprado hace poco una pequeña hacienda, precisamente por valor de 15.000 libras, pagadas al contado.

—¡Yal!—le interrumpió el marqués.—Pero eso no prueba nada en contra suya; antes, por el contrario...

—Seguramente, señor marqués—respondió Lázaro.—Pero lo que sí prueba algo es que esa imposición de capital, conocida del señor conde, tiene por único objeto disimular otras muchas de mayor importancia que el bueno del mayordomo cree desconocidas para todo el mundo. Esas imposiciones ocultas ascienden á la suma de 75.000 libras.

—¡Setenta y cinco mil libras!—exclamó el marqués de Saint-Maixent, grandemente sorprendido.

—Ni más ni menos.

—¿Estás seguro?

—Tengo pruebas... Tómese el señor marqués la molestia de revisar esa nota, en que hallará indicaciones precisas con el nombre de los testaferros encargados de hacer valer el dinero del digno mayordomo prestando á los campesinos pequeñas cantidades á un interés crecidísimo.

—¡Cáspita! Ya veo que maese Lactancio entiende los negocios.

—¡Ah! Preciso es que los entienda para haber robado al conde de Rahon 3.000 libras por año sin que su amo lo haya conocido. Creo que basta con lo dicho para que el señor marqués quede suficientemente enterado de la probidad de ese buen servidor.

—En efecto.

—Pasemos, pues, á su moralidad. Ese devoto, ese santito, ese hombre austero, cuyas virtudes citan los curas de las iglesias vecinas hasta en el púlpito, es una especie de Sardanápalo, ferviente adorador del bello sexo y del dios Baco. Ese horrible mico, ese pícaro gazmoño que baja modestamente la vista al encontrarse con una mujer, y nunca bebe en la mesa más que vino aguada, se permite el lujo de una querida favorita, lo mismo que un gran señor ó un rico negociante. La tal Dulcinea, que se llama Mariquita, vive en el caserío de Charmottes, á media legua de aquí. Lactancio la tiene asignada una pensión y acude regularmente una noche sí y otra no á emborracharse á su casa. La moza es bastante negra; pero vale mucho más que él.

—¡Hola, hola!—exclamó Saint-Maixent riendo.—¿Sabes que el mayordomo es un hombre muy completo?

—Pues ¿qué va á decir el señor marqués cuando lo sepa todo?

—¡Qué! ¿Aún hay más?

—¡Toma, ya lo creo! Falta lo mejor. Maese Lactancio posee una torre de Nesle en miniatura á costa del señor conde.

—¡Una torre de Nesle!—repitió Saint-Maixent estupefacto.

—Sí por cierto. Es un pequeño pabellón sito en el bosque, á dos tiros de fusil de la extremidad del parque. El señor conde no ha puesto allí nunca los pies; á causa de tan largo abandono estaba casi ruinoso; pero maese Lactancio trajo obreros encargados de restaurarle, no por la parte exterior, que conserva su humilde aspecto, sino por la interior. El mayordomo lo ha amueblado con bastante lujo, gracias á un mobiliario tomado de los almacenes del castillo. Las bodegas del señor conde han proporcionado vinos para el sótano del pabellón, cuyas llaves posee sólo maese Lactancio, y cuando se siente con ganas de bromas se entrega allí á extravagantes saturnales con gitanas que siempre encuentra á mano, sin que se sepa de dónde salen. Precisamente ayer noche le he espiado; he visto y oído cuanto se puede ver y oír á través de las rendijas de una ventana. La fiesta duró hasta que ya amanecía... ¿Qué dice de esto el señor marqués?

—Digo que maese Lactancio nos pertenece en cuerpo y alma, y que el pabellón á que te refieres puede serme algún día de muchísima utilidad.

—¿Está contento el señor marqués?

—Contentísimo; debo tributarte los más cumplidos elogios. No hables á nadie de tus descubrimientos, y dejemos que Lactancio conserve su inmaculada aureola de virtud mientras convenga.

Al día siguiente, Annibal de Rahon comunicó á su esposa la absoluta necesidad en que se encontraba de hacer inmediatamente un viaje á París.

La condesa se puso muy pálida; amaba á su marido más aún que en los primeros días de matrimonio; durante catorce años no se habían separado un instante, y aunque el conde anunciaba que su ausencia sería corta, su esposa no podía soportar la idea de una separación.

—¡Quiero ir con vos!—exclamó.—Nunca nos hemos separado, y si uno de los dos se aleja, no sé qué presentimiento me dice que nos sucederá alguna desgracia.

—¡Qué locura, querida mía!

—Será una locura si queréis; dad el nombre que os plazca á la voz misteriosa que me advierte. Pero creo lo que me dice, y os repito que quiero ir con vos.

El señor de Rahon trató de hacer comprender á la condesa que no era prudente arrostrar las fatigas de un viaje largo y penoso sólo para pasar en París algunos días.

Le expuso la absoluta imposibilidad en que se veía de dejar solos á marqués de Saint-Maixent y á la señora de Chavigny sin comprometer gravemente la reputación de ésta.

Pero á todos los argumentos respondió la condesa, como mujer que no quiere dejarse convencer:

—Tal vez tendríais razón si se tratase de una joven sin experiencia; pero Olimpia está casada, conoce el mundo y sabe manejarse. Por parte del marqués de Saint-Maixent nada podéis temer: os lo garantiza la actitud respetuosa y fría que guarda con la marquesa, sin contar con su honor y su palabra empeñada. Me inspira una ilimitada confianza. Cierto que Olimpia y él se quedan solos; pero es muy natural y sencillo. Os aseguro que no veo en eso nada que pueda dar pábulo á la maledicencia. ¿Por qué se ha de ocupar el mundo de dos pobres jóvenes que nada tienen que ver con él?

—Pero...—empezó á decir el señor de Rahon.

—¡En nombre del cielo, amigo mío!—exclamó la condesa interrumpiéndole vivamente;—no prosigamos una discusión inútil. Hasta ahora habéis encontrado en mí una esposa dócil y sumisa. Me he complacido en obedeceros, porque vuestros mandatos son siempre justos; pero hoy, por primera vez en mi vida, no cederé. Alejad á Saint-Maixent si os parece, ó que Olimpia vaya á pasar en un convento algunos días, si no teméis ofender á ambos con una desconfianza inmerecida; pero no penséis en marcharos sin mí... porque me moriría. Así, pues, quedaos ó partamos juntos.

¿Qué hacer contra una resolución adoptada y formulada de un modo tan terminante?

El señor de Rahon no quiso insistir; se dió por vencido, aunque con profundo sentimiento.

Cuando el conde volvió, Olimpia y el marqués habían abandonado el comedor y se encontraban en el salón, sin ocuparse, al parecer, uno de otro.

La joven, sentada en el hueco de una ventana, trabajaba activamente en una labor de tapicería; en el extremo opuesto, el marqués leía un libro con mucha atención. Annibal les anunció su viaje y el de la condesa.

Continuará.